LA FICCION FUNDACIONAL DE GALVAN Y LAS REVISIONES POPULISTAS DE BOSCH Y MARRERO ARISTY *

POR

DORIS SOMMER

Amherst College

En Latinoamérica, la política y la novela romántica van de la mano ¹. Para probar la validez de esta observación vamos a presentar aquí una serie de argumentos relacionados con la casi inevitable coincidencia entre el desarrollo de las naciones modernas y la proyección de su historia ideal a través de la novela. Pero la conexión más irrefutable tal vez sea que algunos autores de novelas figuran también como padres de sus respectivas patrias, preparando así proyectos nacionales mediante la ficción en prosa e implementando ficciones fundacionales por medio de campañas legislativas o militares. En vísperas del siglo xx se había ya compilado una larga lista de escritores hispanoamericanos que eran también presidentes de sus respectivos países ². Una lista semejante de oficios de menos importancia podría ser interminable ³.

* Versión al español de Rei Berroa (George Mason University). Han contribuido en esta versión con traducciones de diversa índole Alfonso Aguilar, Francesca Giusti, Angélica Guerrero y Stephanos Stephanides.

¹ Paráfrasis de la primera oración de Leslie Fiedler en *Love and Death in the American Novel*, ed. revisada (New York: Stein and Day, 1966), p. 23. «Entre la novela y los Estados Unidos hay conexiones peculiares e íntimas.»

² Pedro Henríquez Ureña, *Literary Currents in Hispanic America* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1945), p. 243. Aquí presenta una minuciosa «lista de escritores que han sido presidentes». Véase también su ensayo «Enriquillo», de 1935. Dice allí: «De 1810 a 1890, cada criollo distinguido es triple: hombre de Estado, hombre de profesión, hombre de letras... Después, la política ha ido pasando a las manos de los especialistas, nada hemos ganado; antes hemos perdido» (cfr. *La utopía de América*, ed. de Rafael Gutiérrez Girardot [Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978], p. 260).

³ A pesar de sus paralelos, los escritores americanos que buscaban establecer una literatura nacional generalmente asumían posturas de marginalidad política. Esto permitió, aparentemente, una libre crítica de la sociedad, lo que fue raro en el Sur.

En ningún lugar se nota esta continuidad entre novela y nación con más claridad que en la República Dominicana, en donde hasta se podría afirmar que la propia identidad nacional deriva de *Enriquillo* (1882), novela escrita por el jurista y hombre de Estado Manuel de Jesús Galván. Dada la importancia política y literaria de esta novela o leyenda histórica, la obra ha servido como sub-texto (o pre-texto) para una tradición de novelas dominicanas que, junto a la historia de la nación, tratarán inútilmente de reinstaurar la feliz solución propuesta por Galván.

El principal objetivo de este ensayo es, pues, señalar lo inextricable entre política y ficción histórica en la época del desarrollo nacional de Galván y en el período populista más tardío de *La Mañosa* (1936), de Juan Bosch, y *Over* (1939), de Ramón Marrero Aristý. El segundo propósito consiste en observar cómo la variedad de ideales sociales circunscritos a estas novelas está notablemente basada en el ambiente «natural» de la familia, ambiente que se relaciona, a su vez, con una tradición general de la ficción histórica latinoamericana.

De hecho, mi lectura de las novelas dominicanas me ha llevado a considerar la posible existencia de toda una tradición de obras fundacionales románticas en Hispanoamérica. Una interpretación más amplia del canon del siglo xx revelaría que muchas de estas obras, frustradas o no, se inclinan por matrimonios socialmente convenientes y, no obstante su variedad, los estados ideales que proyectan son patriarcales o jerárquicos.

Es verdad que, ya para fines del siglo pasado, cuando la prosperidad económica coincidía con los proyectos estatales del positivismo científico, que buscaba producir una división intelectual del trabajo, el péndulo literario había sacado de su participación política a muchos de los escritores del continente. Esto tendía a aliviar o desterrar a los literatos de las responsabilidades políticas, lo cual, a su vez, le permitió desarrollar el preciosismo modernista, especialmente en poesía⁴. Pero el brillante momento modernista de las letras dominicanas⁵ pronto desembocó en las

Los latinoamericanos parecían más interesados en las luchas de partido que en hacer alguna crítica trascendente de los males sociales.

⁴ Angel Rama, *Ruben Darío y el modernismo (Circunstancia socioeconómica de un arte americano)* (Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1979), pp. 29-30.

⁵ Véase, por ejemplo, Max Henríquez Ureña, *Panorama histórico de la literatura dominicana* (Santo Domingo: Librería Dominicana, 1965). Para poner más al día la poética y la política dominicanas, véase Alberto Baeza Flores, *Los poetas dominicanos del 1965: una generación importante y distinta* (Santo Domingo: Biblioteca Nacional, 1985). Estos y otros estudios se encuentran resumidos en una contribución a la literatura dominicana que yo he preparado con Esteban Torres y que será publicada próximamente por Garland Publishing Company en una guía referencial a la literatura latinoamericana editada por David William Foster.

más populares y locales expresiones del postumismo. Incluso el casi hermetico surrealismo de la «Poesía Sorprendida» de los años cuarenta hace de su complejidad e internacionalismo una convincente declaración política en el escenario de aislacionismo intelectual del trujillato. El hecho es que la poesía y la política pueden tener breves separaciones en la República Dominicana, pero no llegan a divorciarse. Hasta cierto punto, esta circunstancia se extendió al resto de Latinoamérica, como notó Pedro Henríquez Ureña en sus charlas en la Universidad de Harvard (1941) sobre «Las corrientes literarias en la América hispánica». Era obvio, desde luego, que el péndulo se inclinaba hacia el compromiso de muchos escritores. La generación más joven estaba dividida entre la vanguardia poética de Borges y el primer Neruda. Ambos habían heredado el «espléndido aislamiento»⁶ de los modernistas y un exaltado o rebelde neorromanticismo, que gradualmente condujo a la «antigua costumbre de participación en asuntos políticos»⁷, aunque, añadía Henríquez Ureña, la mayor parte de estos escritores parecía ya no aspirar a cargos de dirección política⁸. Sin embargo, para citar sólo dos ejemplos de la resistencia de esa tradición, después de las charlas de Harvard, en 1948, el novelista Rómulo Gallegos se convirtió en el primer presidente venezolano elegido libremente, y en 1962 el novelista y cuentista Juan Bosch obtuvo una victoria arrolladora en las elecciones de la República Dominicana, país de origen de Pedro Henríquez Ureña.

Aunque su valor indudable se debe a la riqueza de detalles en que está anclada gran parte de la clara y audaz obra de Henríquez Ureña, esta periodización es, desde luego, muy aproximativa. De hecho, no presumo mejorar el esquema: simplemente lo desarrollaré para la época inicial populista en la República Dominicana y lo pondré al día conforme a consideraciones de orden más general entre las novelas históricas y la historia novelada de Latinoamérica.

EL SUPLEMENTO COMO HISTORIA

Para el escritor/hombre de Estado que es Galván no podía haber distinción epistemológica entre la ciencia y el arte, lo narrativo y lo verdade-

⁶ Henríquez Ureña, *Literary Currents*, p. 185.

⁷ Henríquez Ureña, *Literary Currents*, p. 187.

⁸ Escribieron frecuentemente a su vez desde un «nativismo» u oposición reformista para ofrecer un equilibrio de opinión sobre, por ejemplo, las relaciones de raza o del control económico. Muchos de ellos se dedicaron a reformar a través de la educación, como lo hizo Domingo F. Sarmiento y los muchos constructores positivistas de naciones que le siguieron.

ro y, en consecuencia, entre la historia ideal y los acontecimientos reales. Mientras los teóricos de la historia de hoy, en los centros industriales, intentan corregir el falso orgullo de los historiadores que se consideraban científicos⁹, el método literario del discurso histórico en Latinoamérica ha seguido, desde hace tiempo, lo que Lyotard ha llamado la «indefinición de la ciencia»¹⁰, o más bien lo que Paul Veyne denomina «lo indeciso de la historia»¹¹. En los huecos epistemológicos abiertos por la no-ciencia de la historia, los narradores podían proyectar un futuro ideal. Esto es precisamente lo que muchos hicieron, produciendo obras que se pueden considerar novelas clásicas de sus respectivos países: *Amalia*, *Sab*, *María*, *Martín Rivas*, *Irasema*, *Ave sin nido*, *Enriquillo*, entre otras. Los escritores se encararon tanto a la necesidad de relatar la historia para acrecentar la legitimidad de la nación en vía de desarrollo como a la oportunidad de proyectar esa historia hacia un futuro ideal.

Andrés Bello sugirió la conexión necesaria entre la ficción y la historia en un ensayo escrito en Chile y originalmente titulado «Modo de escribir la historia»¹². En este ensayo, el estadista y poeta venezolano observó que no tenía sentido escribir la historia «científica» de América como algo opuesto a la historia narrativa. Tal afirmación no quería negar la validez de los estudios «filosóficos» o empíricos, pero sí permitía juzgarlos de inadecuados o prematuros en un continente en el que faltaban hasta los datos históricos más básicos. Por este motivo, Bello sostuvo la opción narrativa como más constructiva y digna de proyección: «[C]uando

⁹ Véase mi ensayo «Foundational Fictions: When History Was Romance in Latin America», de próxima aparición en *Salmagundi*.

¹⁰ Jean-François Lyotard, *The Postmodern condition: a report on knowledge*, traducción al inglés de Geoff Bennington y Brian Massumi, prólogo de Fredric Jameson (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1984).

¹¹ Paul Veyne, *Writing History*, trad. al inglés de Mina Moore-Rinvulucrí (Middleton: Wesleyan University Press, 1984). En el capítulo llamado «History Does Not Exist», Veyne establece un punto similar al de Bello, si bien de una manera más general: «La ciencia es, por derecho, incompleta; solamente la historia puede, de hecho, permitirse tener vacíos, porque no es una tela, no tiene tejidos.» En otro capítulo, titulado «Plots, Not Facts or Geometrical Figures», escribe: «Todo depende de la trama elegida: un hecho en sí mismo no es interesante o desinteresante» (p. 33); y más adelante: «El hecho se rodea de un margen implícito de falta de valor eventual y es este margen lo que deja espacio para colocarlo de manera diferente a como se ha hecho tradicionalmente. Finalmente, puesto que “el hecho” es lo que uno hace de él, si tiene la suficiente flexibilidad, la disciplina con la cual la historia puede ser comparada es la crítica literaria» (p. 46; el subrayado es mío).

¹² Andrés Bello, *Conciencia intelectual de América. Antología del ensayo latinoamericano*, ed. de Carlos Ripoll (New York: Eliseo Torres, 1974). Se publicó originalmente en 1848, en *El Arauco*, de Santiago de Chile.

la historia de un país no existe sino en documentos incompletos, esparcidos, en tradiciones vagas, que es preciso compulsar y juzgar, el método histórico es obligado. Cite el que lo niegue una sola historia general o especial que no haya principiado así.» Y se pregunta luego en alta voz si el mismo suplemento narrativo constituye o no la forma más «verdadera» de la historia; el reconocimiento de la narrativa de su propia función de «suplemento» le da más libertad para construir la historia, no a despecho de los vacíos y ausencias, sino gracias a ellos. Al partir de las preocupaciones personales e incluir leyendas fabulosas —arguye Bello— se logra una imagen más autónoma, si no más exacta, que la producida por el método informe de la «ciencia» de la historia. «¿Queréis, por ejemplo, saber qué cosa fue el descubrimiento y conquista de América? Leed el diario de Colón, las cartas de Pedro de Valdivia, las de Hernán Cortés. Bernal Díaz os dirá mucho más que Solís y que Robertson.» Es evidente que el apoyo de Bello al método narrativo para estudiar la historia no es puramente defensivo. La narrativa no es necesaria sólo porque los vacíos en nuestro conocimiento histórico hagan que métodos más «modernos» sean impracticables; el suplemento puede verse, entonces, como origen de la expresión independiente y local. Indudablemente, ésta es la razón por la cual Bello cambió el título de su ensayo a «Autonomía cultural de América».

Otros latinoamericanos fueron más allá del apoyo de Bello a la narrativa en la historia. Llegando algunos a considerar que la narrativa *es* historia, clamaron por una acción literaria que se insertara en el proyecto general de construir naciones. En 1847, el historiador argentino Bartolomé Mitre, futuro presidente y general, publicó un manifiesto en el que promovía la producción de novelas que llevaran a una identidad nacional. El texto sirvió de prólogo a su propia contribución, *Soledad*, historia de un amor vivido en La Paz poco después de las guerras de independencia. En el prólogo, Mitre deplora el hecho de que «la América del Sur es la parte del mundo más pobre de novelistas originales»¹³. Más que una deficiencia estética esto indica una inmadurez social y política, dado que observa que las buenas novelas representan el mayor desarrollo en cualquier nación (*La Iliada* figura en su lista de grandes novelas). Se puede inferir que la vida en Latinoamérica mejoraría sustancialmente una vez que se escriban cierto número de buenas novelas. Por medio de la novela, la gente podría aprender algo de su historia, de sus costumbres en vías de formulación y de las ideas y sentimientos que se han modificado en el

¹³ Bartolomé Mitre, *Soledad* (Buenos Aires: Editorial Tor, Lecturas Selectas, s. f.), p. 9.

curso de los acontecimientos políticos y sociales a los cuales no se les ha dado voz. «Es un espejo fiel en el que el hombre se contempla tal cual es, con sus vicios y virtudes, y cuya vista despierta, por lo general, profundas meditaciones o saludables escarmientos»¹⁴. Luego, modestamente, Mitre sugiere que su propia humilde historia no está destinada sino a inspirar a otros jóvenes a la escritura.

José Martí fue otro notable propagandista de la novela de construcción nacional. No obstante su aprecio por las virtudes literarias de la novela contemporánea europea, se inclinaba por pensar que las ironías y pesimismos de ésta podrían hacer más daño que beneficio a la novela en casa¹⁵. Evidentemente, América necesitaba una literatura edificante y práctica. No maravilla, pues, que, después de leer *Enriquillo*, Martí escribiera una carta, llena de entusiasmo, a Galván: «¡Qué Enriquillo, que parece un Jesús! ¡Qué Mencía, casada más perfecta que la de Fray Luis!... Leyenda histórica [subtítulo de Galván] no es eso, sino novísima y encantadora manera de escribir nuestra historia americana»¹⁶. Y poniendo al desnudo lo que él consideraba el lamentable estado de dependencia en que se encontraba la literatura mexicana, Martí se hacía las siguientes preguntas retóricas: «¿Hay vida nacional sin literatura propia? ¿Hay vida para los ingenios patrios en una escena ocupada siempre por débiles o repugnantes creaciones extranjeras? ¿Por qué en la nueva tierra americana se ha de vivir la vieja vida europea?»¹⁷.

A partir de estos interrogantes, algunos reflexionaron sobre la tardía aparición de la novela latinoamericana. La razón más obvia, probablemente la mejor, es que el retraso obedeció a que España proscribió la

¹⁴ Mitre, p. 9.

¹⁵ De entre los escritores europeos, y por razones morales más que estéticas, Martí prefería a Galdós: «*Gloria*, como *Marianela*, no son sólo obras literarias, sino obras benéficas. Ciertamente no añaden gran cosa al lenguaje, al cual nada quitan tampoco; pero ¡cuánta dulzura ponen en el corazón! ¡Con cuánta rectitud deciden en lo difícil! ¡Cuán cariñosamente advierte a los hombres de los peligros tremendos de la intolerancia! ¡Cómo, luego de leer esos libros, se siente como si de súbito hubieran enriquecido nuevos quilates nuestro espíritu! De ahí novelas recomendables, que llenan con provecho las horas vacías, y no esas corazas de Pérez Escribá, que estragan el gusto, falsean las pasiones, preparan mal para la vida y llenan de caudal inútil y estorbo la mente. No tenemos paz con lo inútil, ni con lo falso. No se tachará de eso por cierto a la tierna *Gloria* ni a la tristísima *Marianela*» (cfr. *Obras completas*, vol. 23 [La Habana: Editorial Ciencias Sociales, 1975], p. 290).

¹⁶ Carta de Martí a Galván, septiembre de 1884, New York, reimpresión como preface al *Enriquillo* (México: Editorial Porrúa, 1976), p. 5.

¹⁷ Con referencia a la literatura en México, véase José Martí, *Obras completas*, vol. 6 (La Habana: Editorial Ciencias Sociales, 1975), p. 227.

publicación e incluso la importación de cualquier texto de ficción en América. Fuera de su utópica visión católica del Nuevo Mundo, o por razones de seguridad, España trató de controlar la imaginación de los colonizados. En efecto, las novelas comenzaron a aparecer al mismo tiempo que los movimientos de emancipación estallaban, en 1808, cuando el ejército de Napoleón alcanzó Madrid, obligando a la abdicación de Carlos y al exilio de su heredero, Fernando VII. Sabemos que esta usurpación dio a los criollos una oportunidad para romper con España, apelando a la venerable norma hispana de soberanía popular en ausencia de un rey legítimo. De ese modo, la libertad de los criollos rigió localmente, y así se estableció un cuadro de organización tradicional que incorporaba la filosofía republicana de Francia e Inglaterra. La primera novela en español, en el Nuevo Mundo, fue un buen ejemplo de tal amalgama. *El periquillo sarniento* (1816 y completada en 1830), por el mexicano José Joaquín Fernández de Lizardi, es picaresca de género e ilustrada de espíritu. Es una obra que, más que iniciar una tradición literaria, parece llegar al fin de otra tradición que va de *El Lazarillo* a Lesage. Novelas más modernas no aparecieron sino hasta mediados de siglo, una vez obtenida la independencia y siendo la consolidación nacional el gran desafío de la época. La coincidencia de este tipo de novela y de la consolidación, junto con el surgimiento de la familia nuclear burguesa, no fue meramente casual. Tal como Leslie Fiedler ha dicho con respecto a Norteamérica, país y novela nacieron al mismo tiempo. Lo mismo puede decirse del sur, si aceptamos que el verdadero momento de su nacimiento es la consolidación y no la emancipación. Es posible, entonces, dar otra razón, igualmente válida, para la ausencia de la novela antes de la independencia: me inclino por pensar que, además de las prohibiciones de las autoridades coloniales, las novelas modernas podrían haber sido políticamente prematuras hasta bien avanzado el siglo xix.

Todo esto nos permite decir que la literatura tiene la capacidad de intervenir en la historia y ayudar a construirla. Generaciones de escritores y lectores de América Latina confirman este hecho; ellos han producido y consumido novela fundacional, como parte de un proceso mayor de construcción nacional. Sin embargo, desde los años sesenta, con el *boom* narrativo que sigue a Borges y la efervescencia autocrítica francesa en estudios de filosofía y literatura, la crítica ha tendido a favorecer el modo en que la literatura deshace sus propios proyectos. Esto, por supuesto, es un saludable antídoto contra nuestros seculares hábitos de ignorar o despreciar los vacíos y las ausencias que parcialmente constituyen la literatura. Advertir este cambio de énfasis es también reconocer que las escrituras/lecturas anteriores manejaron las tensiones de un modo distinto.

En el caso particular de la novela histórica del siglo XIX latinoamericano, la insistente inseguridad que la escritura produce sólo asoma en las inscripciones más patentes y enérgicas. Las tensiones existen, por supuesto; pero ellas ofrecen mucho del interés en leer lo que de otro modo podría ser un canon opresivamente normativo. Quiero decir que esas grandes contradicciones entre afirmación y autocrítica no podrían ser apreciadas si la energía abrumadora de los libros no se dirigiera a desmentirlas. Cuando el trabajo de escribir en América parecía más urgente, la cuestión de la «autor-idad» última se concentró a favor de los autores locales, que no parecían estar preocupados por practicar una escritura suplementaria, es decir, conscientemente producida y llenando necesariamente un mundo atiborrado de espacios vacíos. Estos eran parte de la demografía y la naturaleza discursiva de una América que invitaba al hombre a que se sumara a ella.

El júbilo que intuyo en la exhortación de Bello de suplementar la historia se debe, ciertamente, a la oportunidad que él percibe de proyectar una historia ideal por medio del género más básico y placentero, que es el «romance», como lo define Northrop Frye, o la historia de amor. ¿Qué mejor camino para la polémica a favor de la civilización que hacer del deseo la incesante motivación del proyecto de literatura política? Continuar la lectura, sufrir y temblar con los impulsos de los amantes hacia el matrimonio, la familia y la prosperidad, y luego, al final, quedar uno devastado o transportado es, en verdad, ser partidario.

El romance es quizá nuestro hábito narrativo más básico. Es, de hecho, nada menos que la alegoría generada por los ideales y deseos de lo imaginario colectivo¹⁸. Póngase el principio masculino activo junto con la re-

¹⁸ Me refiero al postulado de Jacques Lacan de un campo imaginario del cual procede el lenguaje y las frustraciones del deseo (cfr. sus *Écrits: A Selection*, trad. al inglés de Alan Sheridan [New York: Norton & Co., 1977]).

El deseo lacaniano es aquel que excede las exigencias que nos podemos hacer conscientemente; de ahí que sea implacable e insatisfecho. El deseo, a la larga, retorna a lo «imaginario», la armonía proverbial que un niño goza con su madre, una armonía del sentimiento que no tiene necesidad de distinguir entre palabras y cosas, significantes y significados, uno mismo y los otros. En lo imaginario no hay vacíos que puedan permitir una interpretación y diferencia que perturbe la estabilidad del significado. Todo esto cambia cuando el niño es introducido en el campo «simbólico» del lenguaje y del padre. La nueva conciencia de que las palabras y las cosas están siempre separadas por un espacio que permite la lucha por los significados, arrebató al niño de las simples equivalencias diádicas de lo imaginario. Desde entonces, la tentación humana, según Lacan, consiste en restablecer esas equivalencias y la estable armonía de lo imaginario. Si el deseo es lo que nos hace humanos y si ese deseo busca fijar los significados y las identidades (encontrándose entre los más bási-

ceptividad alimentadora de la mujer y se tendrá una historia de amor entre compañeros desiguales, entre el que busca y el objeto de su deseo. Esto parece lo más natural y correcto. La historia sentimental es la fantasía más fundamental de nuestras muchas y variadas culturas patriarcales. En nuestras culturas nacional-populistas, a través de los medios de comunicación, aprendemos los ritmos del deseo masculino y los encantamientos de la mujer en casa. Tales costumbres adquieren legitimidad y son reforzadas por las novelas sentimentales que llamamos novelas históricas. Al elevar a personajes nacionales los tipos ideales de la masculinidad y feminidad en la ya explícita analogía entre nación y familia, estos libros decretan la desigualdad al avalarse de distintos usos retóricos: engrandecimiento metonímico para el hombre, que puede pasar de simple padre a «padre de la patria», y sustitución metafórica para la mujer, que frecuentemente representa la tierra o los recursos materiales.

Es quizá nuestra imaginación polarizada en términos sexuales lo que hace tan real la suposición de Northrop Frye de que el «romance» es el núcleo estructural de toda ficción¹⁹. El hecho de que anteriormente Frye hubiera clasificado la ficción en cuatro tipos de intrigas (romance, tragedia, comedia y sátira), y que Hayden White²⁰ las heredara para su anatomía de la historiografía del siglo XIX, no quiere decir que todas las tramas fueran creadas iguales. Por el contrario, asumen tan sólo un significado original: el romance. Los otros son corrupciones o trivializaciones del patrón narrativo. Por eso podemos leer, inclusive, las novelas frustradas —las narraciones populistas de deseo erótico-político— como variaciones de un patrón:

S (Romance)	_____	—S (Tragedia)
—S (Comedia)	_____	S (Sátira, no S)

cos desde el surgimiento de la burguesía los términos sexuados de la familia nuclear), entonces la novela es algo inteligiblemente tenaz y flexible como hábito narrativo.

Para una discusión especulativa más amplia sobre la América imaginaria y la política sexuada que produce, véase mi ensayo en Homi K. Bhabha, ed., *Nation and Narration* (London: Methuen, de próxima aparición).

¹⁹ Northrop Frye, *The Secular Scripture: A Study of the Structure of Romance* (Cambridge: Harvard University Press, 1976), p. 15. A pesar de minimizar la importancia del «desplazamiento» que la novela impone sobre la novela sentimental (p. 38), Frye señala en la página 177: «En la novela proyectada el pasado se convierte en espejo del futuro.»

²⁰ Hayden White, *Metahistory: The Historical Imagination in the Nineteenth Century* (Baltimore: John Hopkins University Press, 1973). Véase también un artículo suyo más reciente: «The Question of Narrative in Contemporary Historical Theory», en *Historia y Teoría*, vol. XXIII, núm. 1 (Middletown: Wesleyan University Press, 1984), pp. 1-33. Aquí, como Veyne antes, White prueba la inescapabilidad de la narrativa en la historia.

Los polos surgen de una norma en perfecto orden greimasiano. La aparente diversidad, que no es sino variaciones de un tema, debe recordarnos cuán restringidas pueden ser las oposiciones imaginarias o estructuralistas. Tienden a no reconocer, y por tanto a excluir, ciertas diferencias (como las transgresiones de sexo y de género literario) que no puedan caber en el patrón. Las categorías de pensamiento estables e ideales están hoy bajo ataque por varios lados: la crítica post-estructuralista de la metafísica occidental, la denuncia lacaniana de reforzamiento del *ego*, las propuestas feministas a favor del compartir las tareas domésticas, que, a propósito, debería producir un tipo de imaginación diferente a aquélla que nos encierra dentro de la novela sentimental. Pero el mismo acto de narrar, a través del cual nos llega la novela, tiene una tradición mucho más sólida para dudar de sus propios pretendidos ideales sin abandonarlos necesariamente.

DOS NOVELAS EJEMPLARES Y UNA SENTIMENTAL

Cualquier discusión de dos novelas populistas casi contemporáneas debe ofrecer alguna idea de cómo la ficción fundacional ha ayudado a organizar una imaginación político-histórica para los escritores dominicanos que tenían como objetivo la nueva fundación de la identidad nacional. La primera es *La mañosa* (1936), de Juan Bosch, fundador, durante su exilio, del Partido Revolucionario Dominicano y que fue elegido presidente en 1962 como candidato del mismo partido. Esta novela es una despedida nostálgica, pero incómodamente crítica, del mundo rural de los pequeños productores que hacía poco Trujillo había hecho obsoleto. Para apreciar tanto la originalidad de esta novela como las características

²¹ Si el espacio lo permitiera, este ensayo podría generar lecturas de otras novelas que he tratado en mi libro *One Master for Another* (reseñado en este mismo volumen). Así, una tercera novela podría ser la de Freddy Prestol Castillo, *El masacre se pasa a pie*, publicada en 1973 aunque escrita mucho antes, justo luego de la masacre de 20.000 haitianos perpetrada por Trujillo en 1937, en el área de la frontera norte. La cuarta novela, *De abril en adelante* (1975), por Marcio Veloz Maggiolo, logra evitar la retórica populista de la novela nacional manejada en la ficción fundacional de Galván; en cambio, sus repetidos y frustrados intentos por recobrar la historia dominicana después del asesinato de Trujillo cuestionan radicalmente la misma propiedad de escribir la historia con un plan preconcebido. Con *Cuando amaban las tierras comuneras* (1978), de Mir, los términos tradicionales de la novela revisan la historia. En su brillantemente escrita recreación de una época marcada por dos intervenciones norteamericanas, Mir ilustra cuán tenaces pueden ser los términos de la ficción fundacional.

que comparte con el más amplio fenómeno de la literatura populista, sugiero que la comparemos con *Doña Bárbara* (1929), de Rómulo Gallejos, una de las novelas populistas más conocidas de Latinoamérica. La segunda novela dominicana que aquí voy a considerar es *Over* (1939), de Ramón Marrero Aristy, novela que se puede leer, en gran medida, como una respuesta trujillista a trabajos como el de Bosch. En ella, Marrero busca promocionar o celebrar al poderoso hombre dominicano que puede salvar la industria azucarera del país de los norteamericanos explotadores y racistas.

Con respecto a *Enriquillo* (1882), no se la puede considerar una novela de acuerdo a los patrones modernos. El libro tiene poco de la estructura abierta o del experimentalismo que ha caracterizado este «no-género» desde las discusiones de Georg Lukács, Ernst Bloch y M. M. Bakhtin²².

²² Cuando Georg Lukács propugnaba una especificidad genérica en su *Teoría de la novela*, quería distinguir la novela de la épica: «La épica da forma a una totalidad de la vida que se completa desde dentro; la novela, por su parte, al dar forma, busca descubrir y construir la totalidad oculta de la vida... Esta búsqueda, que es sólo una manera de expresar el reconocimiento del sujeto de que ni la vida objetiva ni la relación de ésta con él es espontáneamente armoniosa en sí misma, es un indicio de la intención que da la forma» (p. 60). En los años treinta, Ernst Bloch y Mikhail Bakhtin describirán alternamente el procedimiento de la novela como creándose a sí misma alrededor de un centro vacío (Bloch) y como un espacio dialógico que está por encima del control del autor (Bakhtin). Esta pérdida del control o ausencia se convierte en un imperativo para descubrir y novelar. Pero con el espacio abierto y alienado de la novela, estos teóricos dan a entender la inevitabilidad de cierta forma de cierre, cierta coherencia o visión de totalidad al final de nuestra lectura. Para el primer Lukács, la novela es nuestro moderno vehículo de integración en el mundo; para Bloch, es el medio de llenar nuestro vacío; para Bakhtin, es el único espacio discursivo suficientemente ancho y profundo para representar finalmente una totalidad social. Es decir, la novela, al igual que la narración tipo romance, permite un cierre narrativo y hasta una recuperación ética. Esta oposición entre diferentes tipos de novela tiene su manera de penetrar el clima abstracto y moralizante de las Américas, especialmente en el siglo XIX. Véase a este respecto la lectura de Meyra Jehlen. El abstracto y estricto código moral que organiza lo que se llama en Estados Unidos *romance* (diferente a nuestra «novela»), por medio de personajes igualmente abstractos, pone a Billy Budd a bendecir a su verdugo porque defiende la estabilidad social; también hace que Henry James lleve típicamente a sus heroínas a reconocer su error y elegir el bien para poder encajar en la sociedad burguesa establecida, mientras la Emma Bovary de Flaubert reconocía que no tenía ninguna posibilidad de elegir «lo bueno». Esto no quiere decir que los héroes norteamericanos sólo buscan ganar, sino que su derrota es un martirio por los valores sin cuestionar del *statu quo*. Para Flaubert, el novelista, el surgimiento del capital fue una catástrofe histórica; para James, el novelador, el capital era simplemente un hecho de la vida, pues los Estados Unidos ofrecían un camino para trascender a la clase y a la historia. Jehlen llegará a sugerir que el meollo de la ética estable y trascendente de los Estados Unidos está en la familia burguesa que «ha inspirado la estridente masculinidad

El libro de Galván, como otras ficciones fundacionales de América Latina, se puede apropiadamente llamar «romance» en el sentido popular de una historia de amor y en el sentido técnico de una forma pura y cerrada que las novelas resisten. Ya que las novelas sentimentales postulan una armonía ideal, «de vez en cuando parecen ofrecer una posibilidad de sentir otros ritmos históricos y otras transformaciones utópicas o demoníacas»²³. Sin embargo, el romance o novela sentimental, como género, celebra la uniformidad más que la exigencia de cambios. En el clímax del género, el intruso o usurpador es representado como miembro del grupo virtuoso y se le invita a entrar para librarse del mal como una ilusión óptica perniciosa²⁴. Así, de hecho, lo que acontece con *Enriquillo* es que celebra y legitima la armonía interna, después que indios y españoles, todos nobles, reconocen su relación de familia.

Tal vez la manera más fácil de señalar la diferencia entre las novelas posteriores y la de Galván es que está escrita al revés y que progresa como el discurso religioso o mítico de una sacralidad dada. Es un discurso esencialmente tautológico. La narrativa se genera retrospectivamente a partir de la resolución del conflicto y de la celebración de la paz concentrada entre los indios de Enriquillo y la Corona española.

El momento fundacional de la nacionalidad dominicana llegó después, o duró más que en otros varios países del sur. La primera consecuencia de la declaración de independencia de España en 1822 por una élite de dominicanos fue la invasión y ocupación haitiana, que se prolongó hasta 1844. Una falla obvia de la primera tentativa a la soberanía nacional fue que interesó a una población muy reducida, a las masas negras y mulatas, por ejemplo, les impresionó mucho más la abolición, hecha por Haití, de la esclavitud dominicana. Aun después del retiro formal de Haití, una serie de aparentemente interminables conflictos de inspiración regional y racial dividieron a la nueva nación antes de que pudiera consolidarse. La inestabilidad amenazó tanto, que en 1861 el presidente Santana negoció con España para reanexar su primera y anterior colonia. Para el año 1865, la oposición dominicana consiguió derrotar a los españoles y sustituir el régimen de Santana. Pero ni siquiera este heroico nivel de

e incluso el celibato de sus heroínas». Podemos afirmar, en otras palabras, que la domesticación o «aburguesamiento» de la novela sentimental en las Américas o presupone que el héroe es un amante vuelto esposo, o que debe serlo (cfr. Myra Jehlen, «New World Epics: The Novel and the Middle-Class in America», en *Salmagundi*, 36 [Winter 1977], pp. 49-68).

²³ Fredric Jameson, *The Political Unconscious* (Ithaca: Cornell University Press, 1981), p. 104.

²⁴ Jameson, pp. 118-119.

orgullo nacional llegó a superar enteramente las tensiones raciales internas. Estas continuaron debilitando al Estado, que para Galván, entre otros, significaba la posibilidad de otra agresión haitiana. Tal vez una amenaza más pertinente y menos paranoica a la estabilidad fue el hecho de que los trabajadores estaban involucrados en querellas raciales y regionales que los distraían de una industria azucarera a punto de florecer.

La aparición de *Enriquillo*, en 1882, ayudó a mitigar las diferencias y a endulzar el clima político en el que el azúcar podía prosperar. Casi inmediatamente después de la publicación de la novela, se hizo lectura obligatoria en las escuelas del país y se ha convertido en una parte importante de la imaginación histórica nacional, al grado que si se presentaran pruebas irrefutables de su evidente inexactitud y manipulación, éstas se considerarían triviales o mezquinas. Como «épica», la novela de Galván no tiene competidores reales en la República Dominicana. El autor hizo bien en situar su narración en el pasado, en la época de la conquista de la Española, para así poder narrar una etapa desconocida e inconocible antes de que los negros y los mulatos fuesen las masas dominicanas bajo el dominio de una élite blanca. Con certera razón, Galván consideró que su libro era una leyenda histórica, aunque referencias y citas frecuentes de procedencias convencionales, especialmente de Las Casas, hayan hecho que generaciones de lectores insistan en que la novela fuera históricamente verosímil. En realidad, Galván se aprovechó de las mentiras piadosas de Las Casas, es decir, de su don para ajustar la experiencia a conceptos éticamente útiles. Para el «defensor de los indios», entre estos conceptos figuró el ideal del noble salvaje y la santidad del matrimonio. También Galván los encontró útiles cuando presentó su versión de la historia dominicana como la unión de nobles salvajes y españoles nobles.

La novela recrea la historia de Guarocuya, heredero directo de la reina Anacaona y jefe legítimo de los indios sobrevivientes. Al ser asesinada durante la conquista la mayoría de los miembros de su tribu, fue bautizado con el nombre de Enrique por los franciscanos que lo criaron. Enriquillo, como todo el mundo lo llamaba, creció con iluminados ideales católicos aprendidos de Bartolomé de Las Casas y, por tanto, empezó a inquietarse cuando un español sin escrúpulos se apropió de sus posesiones personales. Cuando el opresivo encomendero quiso abusar de la hermosa esposa mestiza de Enriquillo, su preocupación se transformó en indignación y luego en rebelión. Después de la frustrada violación, Enriquillo y la virtuosa Mencía huyeron a las montañas seguidos por los otros indios encomendados al tirano. Allí defendieron su existencia nómada durante casi catorce años. Los repetidos fracasos de las autoridades en su intento de sujetar a los rebeldes devinieron en la concesión final de Carlos V, que

otorgaba tierra y libertad en reconocimiento de sus vasallos en el Nuevo Mundo.

Al acomodar la brutal historia de la conquista con el satisfactorio argumento de su novela (el héroe consigue a su heroína y el pueblo su tierra), Galván prepara la analogía entre el amor conyugal y la legitimidad nacional para la retórica populista de novelas dominicanas posteriores. La importancia que se le da en la historia política y literaria no es sorprendente, aunque los lectores, por lo general, no ven las particularidades de su logro. Los que simpatizan con él elogian muchas veces lo que equivocadamente llaman la precisión histórica de Galván, mientras sus opositores se desconciertan ante su falsificación. Pero nadie, que yo sepa, ha encomiado precisamente su habilidad de mentir eficazmente, creando un mito nacional tanto para tradicionalistas como reformadores.

Mientras los cronistas simplemente afirmaban que Mencía era india, Galván acomoda la historia para hacer de ella una mestiza. Esta fragmentación de sus orígenes ofrece más que una mera explicación de las razones de su cristiana mansedumbre al estilo de la heroína europea (que sigue específicamente el modelo de la Atala de Chateaubriand), dado que Enriquillo es su igual, si bien completamente indio. La división prepara, a su vez, el mito de la amalgama racial en los supuestos descendientes de Mencía, el pueblo dominicano. El mestizaje es acogido en Hispanoamérica como una señal de la unidad y el progreso nacional, aun cuando una élite blanca quiera que el entrecruzamiento emblanquezca la población o cuando, como en el caso de Galván, es pura ficción. La verdad es que la población indígena de la Española estaba casi extinguida a fines del siglo xvi. Por tanto, Mencía no podía ser la madre de los dominicanos de fines del siglo xix.

El proyecto de emblanquecer el color y la conciencia de las masas de Latinoamérica tenía una vida extraliteraria continua en la corriente positivista de la filosofía y la educación latinoamericanas. El descubrimiento del positivismo europeo en América Latina fue como descubrir que las personas hablaban en prosa. Como había ocurrido en Europa, el positivismo era ya un hábito de pensamiento que se había desarrollado después de cierta desilusión con el idealismo revolucionario²⁵. Dado que el objeto

²⁵ Entendido ampliamente, el positivismo en Latinoamérica es, con frecuencia, una tradición ecléctica que combina cierta reverencia por los datos positivos o «científicos» (vale decir, empíricos) con la suposición de que las nascentes ciencias sociales tomarían como modelo las ciencias físicas, especialmente la biología. Al ser los males sociales debidamente diagnosticados, se prescribieron sus remedios. El organicismo social de Herbert Spencer, especialmente popular, fue presentado con el esquema comptiano de los pasos progresivos de la historia (véase, a este efecto,

del pensamiento positivo era la modernización, el progreso y la europeización, mientras para ciertos países la solución contra el atraso parecía yacer en la inmigración, para otros lo fue el emblanquecimiento ideológico. La metáfora del mestizaje, hacia la que tendían los latinoamericanos²⁶, se basaba en la realidad de la mezcla de razas, a la cual se le atribuían diferentes fallas y virtudes y que tenía que llegar a la amalgama si se quería conseguir algo así como la unidad nacional. Unidad, repito, no era tanto un concepto político o económico como biológico. Vasconcelos probablemente dio la fórmula más famosa y utópica en *Raza cósmica* (1925), obra escrita después de la revolución mexicana y durante el apogeo del populismo que vino tras ella, después que dramatizaron su papel en cualquier consideración de nacionalismo y progreso. Desde el discurso de Simón Bolívar en Angostura, los latinoamericanos, por lo menos retóricamente, asumieron una identidad racialmente mixta. «Es imposible asignar con propiedad a qué familia humana pertenecemos», llegó a afirmar el Libertador. La mayor parte de la población indígena aniquilada, los europeos se habían mezclado con americanos y africanos. «Nacidos todos del seno de la misma madre, nuestros padres [son] diferentes en origen y en sangre»²⁷. Pensadores como Bolívar, Alberdi, Vasconcelos y los novelistas populistas (o proto-populistas, como Galván) evidentemente difirieron en sus formulaciones particulares. Pero sus proposiciones eran profundas y sin desafío, es decir, que la historia nacional era como la biografía personal y ambas proseguían adelante.

Se sabe muy poco de la vida personal de Galván²⁸, pero su accidentada actividad política, en circunstancias de rápido cambio, proporciona un fondo útil para apreciar el éxito de su libro. Como secretario privado del presidente Pedro Santana, Galván ayudó a España a reanexar la República Dominicana en 1861. Su razón, como ya lo hemos dicho, pudo haber sido el temor de que Haití, cuya ocupación había durado toda la niñez de

Leopoldo Zea, *The Latin American Mind* [Norman: University of Oklahoma Press, 1963]). Una revisión sucinta se puede ver en W. J. Kilgore, «The Development of Positivism in Latin America», en *Interamerican Review of Bibliography*, vol. XIX (1969), pp. 133-145.

²⁶ George Lakoff y Mark Johnson, *Metaphors We Live By* (Chicago: University of Chicago Press, 1980). Consideración de fácil acceso a lo que escritores como Paul DeMan llaman la cualidad alegórica del lenguaje, este libro demuestra que la metáfora es inevitable y que hay ciertas figuras-núcleo de lenguaje que organizan nuestras vidas.

²⁷ Simón Bolívar, «Discurso de Angostura», en *Pensamiento político de la emancipación*, ed. de José Luis Romero (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977), p. 114.

²⁸ «Manuel de Jesús Galván», en Rufino Martínez, *Diccionario biográfico-histórico dominicano* (Santo Domingo: UASD, 1971), p. 187.

Galván, invadiera nuevamente el país. Incluso después de la retirada, la reanexión de España y la Guerra de Restauración, las continuas escaramuzas con Haití y las rebeliones locales que éstas incitaban obligaron, al fin, a la firma de un tratado de paz en 1874.

Algunos lectores piensan que Galván escribió su afectuoso retrato de los buenos españoles para absolverse por su apoyo a la reanexión. Esta hubiera sido una motivación demasiado estrecha y personal, y parece innecesaria dado su acceso a posiciones gubernamentales después de la restauración. Si algo amenazaba la comodidad de Galván era la general inestabilidad política que hacía a la República Dominicana poco atractiva para los inversionistas extranjeros. Sin ellos, la naciente burguesía no podía esperar aprovecharse de la reciente prosperidad de la industria azucarera, que podría llevar, por fin, al país al mercado mundial²⁹. Ciertamente, uno de los objetivos de Galván en *Enriquillo* era negar los vínculos históricos entre su país mulato-negro y la tradición revolucionaria negra de Haití; esta negación abriría un espacio para legitimar la existencia armoniosa entre gobernantes y gobernados. Una motivación similar condujo a España a emancipar a los esclavos rebeldes de Puerto Rico, en donde Galván trabajó para la Corona mientras estaba fuera de favor en su país. El reconoció evidentemente que la amenaza de rebelión en su propia isla podría ser suavizada por la magnanimidad paternalista, generoso gesto que se llevó a cabo no en una plataforma política o en un intento de síntesis ideológica, sino por medio de *Enriquillo*. Su solución fue elegante. En vez de intentar rehabilitar la imagen de los negros negando la profundidad de su tradición revolucionaria, simplemente ignoró su existencia, excluyéndolos del mito nacional. Uno podría imaginarse que había pocos esclavos negros en el Santo Domingo de antaño. Pero el historiador oficial de España, Gonzalo Fernández de Oviedo, había escrito que, en razón de las plantaciones azucareras, había tantos que la tierra parecía como una copia de Etiopía³⁰. Gracias a la leyenda que Galván ayudó a crear, los negros son considerados extranjeros, haitianos, y los dominicanos morenos están seguros de ser indios³¹.

En esta novela maniquea, en la que buenos y mansos amantes indios

²⁹ Franc Báez Evertsz, *Azúcar y dependencia en la República Dominicana* (Santo Domingo: UASD, 1978). Véanse específicamente pp. 221-222, en donde se habla de la transformación del capital comercial en industrial.

³⁰ Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, *Historia natural y general de las Indias*, publicado originalmente en 1548 (Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, vol. 117), p. 125.

³¹ Véase, por ejemplo, Franklin J. Franco, *Trujillismo: génesis y rehabilitación* (Santo Domingo: Editora Cultural Dominicana, 1971), p. 67.

son continuamente hostigados por malos aventureros españoles y su autoridad, los personajes principales que Galván toma prestados de la historia son reducidos a tipos idealizados. El archivillano es un personaje totalmente ficticio, llamado Pedro de Mojica, sobre quien puede recaer toda la culpa sin implicar a los españoles históricos. Esta simplificación conlleva, desde luego, cierta falsificación. No hay ningún indicio, por ejemplo, de que el venerable Las Casas empezó su carrera en las Indias como aventurero, ni que promovió la esclavitud negra como una manera de proteger a los indios de una posible extinción. No se menciona que dos años después que Cristóbal Colón descubrió sus hermosos y mansos indios de la Española los estaba vendiendo para recaudar dinero para expediciones futuras. Estos detalles no devastarían necesariamente una narración que celebra, más que nada, el respeto mutuo entre Enriquillo y su emperador. Pero es precisamente esta relación la que más se beneficia de la falsificación de Galván. Sabemos por Oviedo, no de Las Casas, que los términos del perdón y los privilegios imperiales hubieran comprometido mucho los esfuerzos de Galván por retratar al cacique como padre justo y noble de su nación. Este acuerdo con Carlos estipuló que Enriquillo cazaría a los indios y esclavos negros cimarrones y los devolvería a sus propietarios. A cambio, él recibiría camisas y otras retribuciones.

En 1946, un capuchino español llamado fray Cipriano de Utrera pronunció un discurso que cayó como una bomba en la congregación de intelectuales dominicanos. Su documentación y razonamiento minuciosos probaron que Las Casas intencionalmente descartó información sobre el trato de Enriquillo y, peor aún, sobre los ataques repentinos que él dirigió contra las colonias españolas. Utrera probaba que el héroe no era más que un ladrón y asesino. Los patriotas dominicanos, y especialmente los ideólogos racistas del gobierno de Trujillo, se negaron a aceptar lo que Utrera probaba con lujo de evidencias: que la mayoría de los dominicanos no eran descendientes de los indios nobles ni de cualquier otro indio. Si esto hubiera sido así, los dominicanos privilegiados no tendrían una explicación aceptable para el color de la población en general. En vez de eso, se inventaron la ficción de un linaje dominicano compartido, pues la otra alternativa histórica no era tan agradable ni tan útil ³².

³² Emilio Rodríguez Demorizi, «Prefacio» a Fray Cipriano de Utrera, *Polémica de Enriquillo* (Santo Domingo: Editora del Caribe, 1973), p. 5. El editor de este libro se encuentra en un conflicto entre su profesión de historiador y su profesión de fe en el mito nacional, por lo que señala: «Si la edición de esta obra ha sido ardua empresa... la decisión de salvarla del olvido no ha sido menos embarazosa, ya que en ella se presenta a la amada figura de Enriquillo desposeída de las poéticas galas de la leyenda y de los méritos y virtudes que le convirtieron en símbolo del pueblo

Mucho después de la brillante refundición de la historia nacional, los dominicanos continuaron la lucha entre sí, pero esta vez fue más a causa de los caudillos regionales que por sus diferencias raciales. El conflicto abierto acabó solamente cuando Estados Unidos invadió y ocupó la República Dominicana de 1916 a 1924, época en la que establecieron una Guardia Nacional bajo la hábil dirección de Rafael Leónidas Trujillo. En 1930, el tirano local se nombró a sí mismo presidente y empezó a acumular los bienes y derechos de que disfrutaban sus compatriotas. Por esta razón, los dominicanos de la generación de Bosch se dieron cuenta que tenían que renovar el proyecto de la emancipación y consolidación nacional. El usurpador ya no era España ni Haití, sino un dictador local y la fuerza neocolonial que lo apoyaba. La novela de Bosch enfocará al tirano en casa, mientras que *Over* señalará, con un dedo acusador, a los negociantes norteamericanos.

Si *La Mañosa* evoca un paraíso de pequeños productores y comerciantes de tabaco, un mundo destruido por la toma de poder de Trujillo en las regiones tabacaleras durante los primeros años de su régimen, la obra también clarifica dolorosamente las semejanzas entre los pequeños arrendatarios y el caudillo personalista a quien ellos se oponen. Por su parte, si *Over*, de Marrero, hace un llamado nacionalista apasionado para expulsar al usurpador norteamericano de las plantaciones azucareras, de forma que la nueva clase de administradores pequeño-burgueses y técnicos patrocinados por Trujillo puedan desarrollar su propia tierra, el enfoque insistente del texto sobre la explotación y el racismo sufridos por los trabajadores azucareros, sean antillanos de habla inglesa, haitianos o dominicanos, complica la propaganda estrechamente pequeño-burguesa y nacionalista que los pasajes didácticos formulan.

Las obras de Bosch y Marrero comparten, por lo menos, dos características importantes. Si el primero defiende la clase media tradicional contra el dictador y el otro apoya los planes de éste para la modernización por medio de una clase media tecnócrata, ambas novelas utilizan una retórica populista que presupone una analogía entre la familia y la nación heredada de la novela sentimental; ambas, al mismo tiempo, se desvían significativamente de ésta.

La retórica romántica que los escritores populistas heredan de Galván

dominicano, en el más venerado personaje de nuestra historia colonial. Pero nos decidió a darla a la imprenta la firme convicción de que el noble cacique del Baoruco seguirá siendo, sin mengua, por encima de la a veces demoledora verdad histórica, el más alto representante de la doliente raza de Quisqueya.» (Nótese, a propósito, cómo la designación «pueblo dominicano» deviene «raza de Quisqueya», como si quisiera quitar relevancia a la exposición de Utrera.)

presenta amantes castos (Enriquillo o la Gente y Mencía o la Tierra) amenazados por un usurpador descorazonado (el lascivo Valenzuela o los malos españoles). Pero en Bosch y Marrero la retórica llegó a ser más militante y populista que conciliatoria. Los usurpadores ya no son ilusorios y, lo que sorprende más, el objeto del deseo del pueblo y del enemigo ya no es estable. Mueve y continuamente sorprende o confunde la retórica de codificación sexual heredada de la novela sentimental.

La acción de la obra semiautobiográfica³³ de Bosch se inicia cuando el padre de Juan, don Pepe, prepara la mula favorita de la familia —la Mañosa— para un viaje de negocios; durante su ausencia, estalla una de las muchas guerras civiles que se prolongan hasta 1916, año en que las tropas norteamericanas arribaron por primera vez para asegurar la estabilidad y los ingresos aduanales. La madre de Juan está preocupada y los campesinos que suelen visitar la casa de la doña suspiran con resignación porque sus hijos han sido reclutados, y naturalmente no les importa saber si en este o en aquel ejército. Al escuchar estas malas noticias, el narrador, que imaginamos tiene cinco o seis años de edad, se olvida de su cautela, se duerme cerca de un pantano infectado de mosquitos y contrae una fiebre, de la cual no se recuperará sino hasta el fin de la narración y de la guerra. Al acercarse el combate cada vez más a la casa, los campesinos locales la visitan para hablar sobre los acontecimientos con el padre de Juan, que ha regresado sano y salvo. Inclusive el general Fello Macario hace visitas a casa de don Pepe, primero con gestos de grandeza y después para solicitar un caballo. Cuando la guerra se vislumbra peligrosamente cerca y la familia debe huir temporalmente a la choza de una vecina, la novela termina con la muerte y la desesperación. La Mañosa muere lentamente de una herida infligida por aquellos que abusaron de ella durante la guerra y el padre de Juan no puede comprender cómo el una vez generoso y ahora victorioso Macario se ha convertido en tirano.

El narrador siente aumentar su impotencia. Las guerras parecen no tener agentes humanos y, por tanto, no pueden ser comprendidas en términos racionales o en una escala de emoción humana. Bosch, así, evita la narración tradicional de la novela motivada por el amor o por la lucha entre el bien y el mal³⁴. Una decisión lograda de esta novela es que el narrador es aún niño. No es solamente una víctima entre muchas, sino que es tan ingenuo y está tan confundido que cualquier intento de interpretación consistente hubiera sido atípico. El narrador le ofrece al lector

³³ Las referencias a *La Mañosa* están tomadas de la séptima edición (Santo Domingo, 1978).

³⁴ *La Mañosa*, p. 10.

solamente resultados desconectados del pánico que los adultos, o un escritor de novela sentimental del siglo XIX, habrían sentido la tentación de explicar.

Cuando leemos este texto al nivel de la novela populista, parece redundante observar que el padre, don Pepe, es el Padre/Marido/Pueblo en la analogía familia-nación. Pero Pepe no encaja del todo en el papel, porque él, y el campesino independiente que visita la casa después de perder su tierra en las guerras, consideran a Fello Macario como su padre/libertador y líder: «Se le reconocían valor, nobleza, entereza, dignidad. Se abrazaba a toda causa que contara con el favor de los humildes» (p. 177). Podemos asumir que «el humilde» no se refiere a los campesinos sin tierra que se escaparían de los reclutamientos o se resignarían a ser carne de cañón. La agraciada referencia a los humildes se hace, evidentemente, en relación a la clase representada por el orador y su oyente: la pequeña burguesía rural.

El general tampoco cabe en el papel de Marido/Pueblo. Aunque está descrito como «caudillo generoso y valiente» (p. 70) y aunque hace sentir al narrador «colmado de entusiasmos, enamorado de la postura elegante, viril y simpática de aquel general legendario» (p. 95; véanse también pp. 117, 175), el héroe tiene un aspecto siniestro. Como todos los patriarcas de *La Mañosa*, Macario es terco y presumido: «Serenos, arrogantes, seguros, como hombre acostumbrado al mando» (p. 94). Eso no indica ninguna contradicción en su personalidad: meramente da otro nombre a sus virtudes de valor resuelto y su habilidad de mando desde el punto de vista de sus enemigos.

Juan señala esta ambigüedad a través de desconectadas vislumbres del general. Inmediatamente después de que el niño febril casi se desmaya ante su figura romántica, Macario se reduce a dimensiones humanas por la ironía de su encuentro. Repetidamente sobreestimando su propio poder, Macario está absolutamente seguro de que puede curar al niño: «Yo lo voy a curar de una vez, aseguro. A la sonrisa de duda que se descosió en el rostro de mi padre respondió él con otra de sapiencia» (p. 97). Pero Juan permanece enfermo durante mucho tiempo, tanto tiempo en realidad, cuanto Macario continúa combatiendo.

La ironía final ocurre cuando el ladrón y aventurero José Veras se junta con Macario al parecer inminente la derrota. El carismático general, ignorante de la intención de Veras de utilizar la movilización por una venganza personal, se enorgullece de ser todavía capaz de atraer partidarios (p. 120). Al final de la novela, el gobernador Macario se convierte en usurpador sin sentimientos y egoísta. Para mantener el poder, la rebeldía se convierte en simple autoridad y la generosidad da lugar a la convenien-

cia. Tal vez el concepto de generosidad es clave para comprender la duplicidad del patriarca. La generosidad presupone privilegio social en vez de un compromiso con la justicia; puede ser concedida tan fácilmente como negada.

Así, las figuras paternas son tan impotentes ante el destino como sus sujetos infantiles, y aunque son dados a una lucidez momentánea sobre sus limitaciones, es solamente con una falta de voluntad que es casi una negación. La conformidad final de Pepe representa un cierto despertar de la conciencia que le lleva a la posición de sus vecinos más pobres, a quienes se juntaría después de la expropiación de Trujillo.

Si, en términos de la novela populista, las candidatas para el concurso Mujer/Tierra tienen identidades metafóricas ambiguas (del mismo modo que la identidad del padre se hizo problemática después de que Trujillo, por la absorción de los demás, se convirtiera en el archipatriarca), el premio en el concurso es por lo menos más estable. Pero incluso en este caso ella no es la esposa predecible o la Tierra de la retórica romántica, sino una mula, la Mañosa. La identifico aquí como el objeto del deseo y del concurso al menos por tres razones. Primera, ella es el medio por el cual don Pepe se gana la vida; en otras palabras: ella se corresponde bien con la tierra como medio de producción y fuente de riqueza que caracteriza a la tierra en la retórica populista basada en la agricultura. En sus apartes, Bosch tiende a resaltar el escenario agrícola tradicional del mundo de su padre y de su abuelo (pp. 33-34); pero la decisión formal de enfocar tanto cariño y admitir tanta dependencia en la mula, hasta hacer que su nombre dé a la novela su título, marca un abandono significativo de la estabilidad patriarcal y agrícola. El valor principal de la Mañosa es que es inestable, inquieta y va y viene rápida y ligeramente al y del mercado. La segunda razón es obvia por el hecho de que se llama «adorable» y es querida por todos. La mula es tan femenina y consentida, que ella misma se considera un ser humano (pp. 39-40).

Finalmente, la identidad metafórica de la mula como objeto de lucha entre amos legítimos e ilegítimos es clara por la codicia que estimula en todos. Don Pepe la ofrece generosamente a Macario cuando éste está desesperado y al perder la guerra Macario la deja al cuidado de José Veras, y cuando se la roban, Veras la busca y obliga a que el ladrón devuelva el penoso y moribundo animal a su legítimo amo. Su muerte es otra desviación importante de la novela de corte romántico en la que esperamos que el premio sea eterno, algo que pueda perderse pero no destruirse. Tal vez la situación sin salida del concurso para la Mañosa derive de la inhabilidad del autor y del lector para identificar las otras candidatas como buenas, malas, legítimas, ilegítimas, a favor o en contra del pueblo. La ambi-

güedad nos trae a la dualidad patriarcal en esta novela y por extensión sugiere, para citar a Lenin³⁵, la cara de Jano del populismo, que busca la defensa de la tradición y se propone la misión de modernizar.

La ambigüedad del paternalismo, incluso el paternalismo iluminado de su padre, seguramente preocupó a Bosch cuando se preparaba para lanzar el primer y mayor partido populista de la República Dominicana. Comparando esto con un caso más familiar del paternalismo populista, el de *Doña Bárbara* (1929), de Gallegos, puede resaltar la posición atrevidamente autocrítica que Bosch asume en su primera novela. Como Bosch, luego de años de tiranía y gobierno militar, Gallegos ganó su elección presidencial a través del partido populista que él ayudó a fundar. Ambos escritores/políticos fueron destituidos después de algunos meses en el cargo. La diferencia está en que mientras la novela de Bosch procede y sólo vagamente anuncia un populismo político, el trabajo de Gallegos es programático. *Doña Bárbara* casi formula los extensos principios que Acción Democrática trataría de legislar veinte años después.

Aun así, está claro que Gallegos, al igual que Bosch, es ambivalente sobre la figura del caudillo. *Bárbara*, como miniatura del tirano Gómez, es ciertamente fascinante, y Gallegos lo admite al describirla como la encarnación de los bárbaros llanos (y del dictador) dentro de «las carnes apetecibles de mujer»³⁶. Gallegos y sus críticos también reconocen que Santos Luzardo, el ciudadano civilizante, tiene algo que aprender de *Bárbara* sobre la autodefensa y violencia necesaria antes de poder sustituirla. Una lectura plausible, entonces, hace a Gallegos el crítico de Gómez, al poner al dictador como un formidable pero vencible obstáculo a la prosperidad y la reforma.

Aun cuando reconozcamos la admiración apenas disimulada del escritor, el encanto de la novela por la vampiresa venezolana excede las referencias a Gómez. *Bárbara* es peligrosamente sexy y hábil en la magia negra en razón de su espiritualidad evidentemente superior, aunque mal encaminada. Al final de la novela, ella misma es la solución al problema que plantea cuando su reprimido amor maternal por Marisela se hace evidente y le hace perdonarle la vida de Santos y dejar los llanos a la pareja joven.

No puedo evitar pensar que aquí aparece también la pasión reprimida

³⁵ Explica Lenin: «Por ello, en asuntos teóricos, el populista es como Jano, que mira con una cara al pasado y con otra al futuro», citado por Andrzej Walicki, «Rusia», en *Populism*, p. 72. Otros han aceptado la imagen de Lenin (véase en el mismo volumen [pp. 186-191] la sección «'Janus Quality' of Populist Movements» en el artículo «The Social Roots», escrito por Angus Stewart).

³⁶ Rómulo Gallegos, «La pura mujer sobre la tierra», en *Una posición en la vida* (México: Ediciones Humanismo, 1954), p. 414.

de Gallegos por los llanos. Junto con la convicción positivista, «científica», de que el llano abierto engendra violencia y superstición, el romanticismo en Gallegos parece sentir que el espacio es admirable y capaz de despertar la mejor o la peor de las pasiones.

Desafortunadamente, la civilización no tiene lugar para ninguno de los dos. Se da aquí una tensión entre la necesidad de racionalizar y llenar los llanos para lograr la estabilidad y prosperidad que salvaguardará la soberanía de Venezuela, y por el otro lado, un amor nostálgico por la tradición que, a pesar de sus males, ha sido típicamente venezolana y que a su vez se extinguirá con la modernización. Más paradójico o trágico que contradictorio, este tipo de tensión es endémico al populismo en general. Para que los países en «vías de desarrollo» puedan asegurar su soberanía y solvencia económica en el mundo, los populistas tienden a clamar por más desarrollo; pero dado que lo que se está protegiendo es una diferencia nacional que resiste convertirse en una extensión, un doble de los grandes poderes, los populistas también tienden a celebrar las tradiciones locales. Las caras de Jano del populismo apenas si pueden mantener el equilibrio. La tradición puede ser una fuente de orgullo nacional, pero también se asocia con el atraso económico y político. Así, la cara de Jano que mira hacia atrás necesariamente se marchita bajo el populismo y la tradición se reduce al folklore³⁷.

En el libro de Bosch, más contemplativo y menos programático, la paradoja se complica aún más porque las direcciones históricas se cruzan. Mientras su padre parece representar un orden tradicional, este orden de hecho es comercial y modernizante y convierte la propiedad, como la Mañosa, de objeto estable del deseo en artículo de cambio. Y si concedemos que el mundo de don Pepe es moderno, entonces sus relaciones autoritarias en casa limitan sus propios proyectos para el futuro y lo relacionan a los caudillos locales, que eran tan perjudiciales al comercio dominicano. De cualquier manera, la novela describe la frustración de establecer orígenes o metas. Evidentemente escrita por un joven, que sin duda sentía más apasionadamente la pérdida que la ira, *La Mañosa* revela la ficción de la novela fundacional y únicamente alude a una refundación que intentaría más tarde como líder del PRD y antes de su divorcio con dicho partido. Como líder del PRD, Bosch se autodenominaría no el generoso, sino el padre justo que restablecería a los pequeños productores a través de la reforma agrícola y la limitación de las posesiones extranjeras³⁸. Al

³⁷ Para una exposición más detallada, véase mi próximo artículo en *Salmaquindi*.

³⁸ La arduamente ganada victoria de Bosch era demasiado frágil. Su régimen apenas duró siete meses, cayendo en el último de por lo menos cuatro intentos de golpe.

sacrificar las *virtudes* tradicionales del caudillismo, esta redistribución presupuso, desde luego, un resurgimiento de algunas relaciones tradicionales: sustituyó a Trujillo, el pater-familias autoritario y fascista, por el democrata social Bosch, un padre burgués que invita a sus hijos a participar en sus negocios.

Ramón Marrero Arísty, por otro lado, parece recibir la concentración de poder en Trujillo como la única posible salvaguarda contra la explotación norteamericana. Por lo menos es una posible lectura de *Over* (1939), lectura que el dictador estaba contento de hacer. De otra manera, sería difícil imaginar por qué permitió su publicación. Escrita en el pináculo de los esfuerzos de Trujillo para monopolizar los recursos de la nación y publicada solamente tres años después de la masacre de veinte mil traba-

de estado provocados por la clase poderosa tradicional. Después del asesinato de Trujillo maquinado por la oligarquía nacional y la CIA, y luego del fugaz intento de sus seguidores por mantener el poder, la oligarquía pensó que el Estado caería en sus manos a través de la Unión Cívica Nacional (UCN), empresa política que gozó del apoyo del Departamento de Estado norteamericano (cfr. Luis Homero Lajara Burgos, «Antonio Imbert and the U.S. Intervention in the Dominican Republic», en *Dominican Republic: A Study in the New Imperialism* [New York: Institute for International Labor Research, s. f.], p. 61). La UCN no tenía dudas de que ganaría las elecciones presidenciales de 1962, pues no avistaban opositores. La abrumadora victoria popular de Bosch sorprendió a los oligarcas que daban muy poco crédito al voto de los campesinos y desposeídos. En vez del voto por lealtad filial que aquéllos esperaban, éstos votaron por un patriarca local.

El equilibrio que Bosch representaba entre derecha e izquierda llegó a ser insatisfactorio para ambas. Los anticomunistas a muerte no estaban contentos con la irrupción del liderazgo comunista en los sindicatos; la izquierda anti-imperialista le objetaba su continua dependencia de la ayuda norteamericana. La Casa Blanca pronto llegó a pensar que Bosch tomaba más su ayuda que sus recomendaciones y la relación con Bosch empezó a quebrarse cuando éste comenzó a reducir los privilegios económicos norteamericanos. Por ejemplo, el artículo 25 de la Constitución de 1963 imponía restricciones a la posesión extranjera en el país (véanse Lajara Burgos, *A Study*, y Robert J. Alexander, «U.S. Must Back Dominican Revolution», en el mismo volumen).

A raíz de esta experiencia, Bosch ha revisado repetidas veces su plataforma política. De la socialdemocracia que adoptaba por 1964 en *Crisis de la democracia de América en la República Dominicana* (México, 1964), en que se toma la molestia de justificar su alianza con Norman Thomas y Sacha Volman refutando las alegaciones de la izquierda de que éstos estaban conectados con la CIA, pasa al análisis y manifiesto de 1970 *El próximo paso: dictadura con respaldo popular*, título que indica su desilusión con la promesa norteamericana de democracia liberal para todos. En esta obra, el autor concluye que es imposible un régimen democrático en un país al que le falta una madura clase burguesa dominante, pues clase y organización política se determinan mutuamente (véase específicamente p. 104).

jadores haitianos, masacre que clarificaba las distinciones fronterizas entre un país «africano», al oeste, y la patria «europea», la novela de Marrero es un ataque frontal a los monopolios y al racismo. Paradójicamente, los planes de Trujillo se apropiaron de la novela en 1940. Además de denunciar la injusticia, ésta redefine al villano. El usurpador de la tierra del pueblo y la propiedad no era el dictador —como creía Bosch—, sino los industriales azucareros norteamericanos, a quienes define como sus competidores.

Para Trujillo, la gran virtud de la novela de Marrero consistía en que, sin minimizar la miseria de la nación, lo dejaba enteramente fuera de escena. Es como si Marrero hubiera aprendido de Galván cómo reducir una realidad incómoda mirándola de reojo. Al ignorar a los esclavos negros, *Enriquillo* describía el Santo Domingo colonial sin su problema más amenazador; *Over* consigue criticar la explotación de los años treinta sin mencionar a Trujillo.

Cuando Trujillo toma el poder del Estado en 1930, la industria azucarera ya estaba bajo el control casi exclusivo de los capitalistas norteamericanos. El mayor impacto del «enclave» del azúcar sobre el resto de la economía dominicana era el de corroerla. Específicamente, la pequeña burguesía tradicional, que consistía en tenderos, artesanos y granjeros independientes, fue reducida a una clase de trabajadores a jornal, o aún peor, marginada por desempleo³⁹. Después que Trujillo se nombró a sí mismo como redentor de la nación, su plan no fue revertir el proceso de concentración, sino hacerse cargo del mismo, creando así la necesidad de una nueva pequeña burguesía urbana de burócratas y técnicos capaces de administrar y mantener una industria tan avanzada como ya lo era la azucarera. Estos grupos sociales también constituían un mercado doméstico para los productos de las nacientes industrias dominicanas⁴⁰. Con la nacionalización de la producción de azúcar, Trujillo tendría más ingresos para otros proyectos de industrialización⁴¹.

El flirteo de Trujillo con el estilo del socialismo nacional de la Segunda Guerra Mundial, con su combinación de xenofobia y alegato antipcapitalista, le hizo un buen competidor contra los intereses azucareros de Estados Unidos; también le entusiasmó del libro de Marrero el que la tierra y el pueblo dominicanos fueran cruelmente usurpados por la avaricia norteamericana. Esto no hace de *Over* un libro fascista; más bien

³⁹ Roberto Cassá, *Modos de producción, clases sociales y luchas políticas*, 3.ª ed. (Santo Domingo, 1978), p. 21. Véase también Báez Evertsz, *Azúcar y dependencia*, p. 103.

⁴⁰ Cassá, p. 59.

⁴¹ Báez, p. 101, y Cassá, pp. 23-25.

muestra cómo el corporativismo de Trujillo se superponía con la retórica populista de Marrero, que exigía los derechos de los dominicanos a su tierra. Como en *La Mañosa*, el pueblo, los humildes, son frecuentemente identificados con la clase media limitada, y aquí no es la clase tradicional de productores independientes, sino más bien una nueva clase de profesionales, oficinistas y tenderos. Trujillo debió haber sentido placer al leer las acusaciones de Marrero ⁴²: «Nos robaron la tierra, y con ella la felicidad» (p. 208). «¡Me ultraja a mí, que desciendo de los que de este suelo hicieron patria para que de ella gozáramos como dueños! Viene a mi tierra a humillarme... ¡Intruso! ¡Ladrón!» (p. 108).

Sin embargo, la coincidencia es imperfecta, y la novela de Marrero muchas veces se convierte en una crítica radical de explotación que ayuda a explicar por qué *Over* se publicó solamente una vez durante el régimen de Trujillo. Su exceso ideológico está señalado por el título y por la ruptura opresiva en el fluir de la prosa castellana de las palabras inglesas *over*, *boss*, *pay-roll*. «Over» fue el término intraducible utilizado por los trabajadores dominicanos para denominar las ganancias hechas por la compañía en sus almacenes y servicios al distribuir, entre otras cosas, menos comida de la pagada por los trabajadores. La palabra se refiere al usurpador norteamericano, es cierto, pero la referencia es específicamente a la explotación económica, a la injusticia sistemática en la industria, por lo que va más allá de una simple objeción nacionalista. No estaba en los planes de Trujillo reformar la producción del azúcar, sino simplemente ser su dueño.

El racismo es otro abuso que se critica aquí mucho más allá de su asociación con la explotación norteamericana. A veces parece como si el racismo hubiera sido traído por los magnates azucareros, que son inevitablemente blancos, gordos y con ojos del color del hielo. Pero Marrero se escapa de esta objeción al extranjero complicando el asunto del racismo, primero con la desconfianza que tiene el protagonista a todos los blancos, incluso a los blancos dominicanos con quienes el mulato Trujillo gustaba de identificarse, y segundo, con referencias al desdén que los trabajadores dominicanos sienten por los haitianos y antillanos de habla inglesa, desdén que también contamina la prosa del narrador.

La trama de *Over* alterna entre la alienación y la reintegración que marca el movimiento de la novela sentimental; pero aquí Marrero provee dos conclusiones alternativas que se abren al innombrable y, por tanto, irrealizable final feliz de la obra: uno es Trujillo, el otro es el ajuste ra-

⁴² Las referencias a *Over*, de Marrero Aristy, provienen de la octava edición (Santo Domingo, 1977).

dical de las relaciones sociales. Al principio, cuando el narrador es echado de la casa de su padre por robos menores y parasitismo general, casi se pellizca para ver si está todavía vivo. El padre de Daniel, un caudillo que había triunfado por su propio esfuerzo, macho, indómito y ferozmente independiente, representa al héroe ya imposible de la novela nacional. El hijo no es el hombre ni el empresario que su padre era, supuestamente porque carece de oportunidades. Esta es la primera ocasión en que Trujillo es absuelto por exclusión. Igual que los industriales azucareros estadounidenses, Trujillo había expropiado a los granjeros independientes; pero se había tenido que limitar inicialmente a los sectores menos desarrollados, como el tabaco y el cacao. De aquí en adelante, Marrero convertirá a su antihéroe, algo consentido y desesperado, en una modesta variación del marido romántico independiente que proyecta recuperar la tierra; alguien que reconocería su propia debilidad y se dispondría para seguir a un líder más fuerte.

La reintegración momentánea de Daniel al mundo, gracias a su trabajo como almacenero en la industria azucarera (p. 26), se convierte en desesperación en la página siguiente al ser transportado, como si fuera un objeto, de la ciudad a la plantación. El bajo nivel de la dirección del central se muestra sistemáticamente alienado de todo, aunque no tan brutalmente contenido como los trabajadores de la caña, cuyas protestas son silenciadas con machetes. Inclusive los leales y sumisos funcionarios han perdido todo control de sus vidas: sus amigos pueden ser espías, a sus esposas se les puede pedir que «entretengan» a los jefes y ellos mismos pueden ser sus propios prisioneros y guardias (p. 112).

Esta segunda etapa de alienación se resuelve cuando Daniel conoce y se casa con la hija de un almacenero independiente y, por tanto, idealizado. Su novia tiene madre blanca y padre mulato; con la lógica de Galván, ella resulta ser «una indiecita radiante, color de canela» (p. 114). Elevado al nivel claramente implicado de romance nacional, el matrimonio ofrece una solución a la discordia de la nación/familia al reunir al pueblo desposeído con su medio de producción independiente y justo. Sin embargo, el almacén no forma parte del trato matrimonial y el propio usurpador da a la pareja su medio de supervivencia. Previsiblemente, todo sale mal. La esposa de Daniel enferma en su primer embarazo y casi muere en la clínica de la compañía donde sólo atienden a los blancos (p. 173). A pesar de su enamoramiento y optimismo, el pueblo y su tierra son estériles bajo el dominio del usurpador.

Las frustraciones del protagonista llegan a ser tan grandes, que insulta al director asistente y es finalmente despedido. Con este clímax queda sellada la alienación final e irrevocable de la economía azucarera domina-

da por el extranjero. La familia de su esposa excluye al ex almacenero desempleado, insistiendo en que es mejor cualquier ignominia en el trabajo que morir de hambre. La declaración general podría ser que las mujeres decentes (la tierra) no corresponden a perdedores. También puede ser una crítica a aquellas mujeres que prefieren la dependencia al honor. De todos modos, las mujeres no pueden ofrecer una salida. Daniel empieza a beber mucho con los amigos que se encuentran en similares situaciones lumpen y a vivir con una prostituta, quien parece ser metonimia de todos los dominicanos que son comprados y vendidos por los extranjeros.

En vez de enfadarse con la familia de su esposa, Daniel se critica por su dureza con ellos. El sabe de su complicidad para arruinar la vida de ella. «Debiste saber que de ti no podías dar nada, porque todo lo tuyo —conciencia, cuerpo, corazón— era del monstruo que ahoga a los hombres en agonía del *más*» (p. 210). Lógicamente, la autocrítica conduce al marido a desafiar al usurpador: «¡Hombre! Si conservas algo digno en el alma, comprende. Y si no puedes ahogar tu ira, vuélvela contra ti o contra la fuerza que te arrebató» (p. 211). Este fin sólo puede ser provisional en la novela. Aparentemente, aprendió demasiado de los amigos comunistas y se llena de demasiada responsabilidad y respeto a sí mismo, como si el pueblo pudiera recuperar la tierra del usurpador en una lucha de iguales.

En otras palabras: al eliminar a Trujillo de la narrativa de un modo ingenioso de mirar de reojo, Marrero, de hecho, lo elimina de la solución del problema nacional. Esta podría ser la razón por la que el autor añadió lo que solamente se puede leer como un segundo final, en el que Daniel se hunde más en la desesperación con sus amigos borrachos y su amante de alquiler. Su única salida es el exilio. Además de acabar la novela con un paso intrépido, si bien no dirigido al futuro, la decisión de escapar en vez de suicidarse como había hecho otro almacenero (p. 122), explica claramente la suerte que corría un gran número de dominicanos que dejaba el país. Al atribuir la culpa a los explotadores extranjeros, se disculpa a Trujillo una vez más de la imposibilidad de vivir en casa.

A pesar de los esfuerzos evidentes de Marrero por excluir a Trujillo del escenario, la novela sigue siendo perturbadoramente crítica del padre ausente. Estoy convencida de que, aparte de su radical denuncia de la explotación y el racismo, esto se debe a un tercer exceso ideológico. Es la objeción del autor al paternalismo, una crítica alejada de la retórica populista aunque generada en su circunstancia específica. Una crítica comparable, pero nunca explícita, también explica la ambigüedad inquietante de la nostalgia de Bosch por el paternalismo a pequeña escala. Las acusaciones de Marrero se dirigen obviamente contra el norteamericano Nor-

ton, que habla español fluidamente y es tan amistoso que «parece un camarada» (p. 166). El comunista antillano de habla inglesa, que se hace amigo del protagonista, indica el peligro: «Ese es peor que los otros... A un hombre así nadie es capaz de protestarle. Prefiero a los déspotas, que mantienen encendido el deseo de ir a la rebelión» (p. 167).

Este tipo de paternalismo, como la expropiación de la pequeña burguesía tradicional y la supremacía blanca, describe más a Trujillo que a los norteamericanos. En 1932, el Congreso dominicano pasó una resolución «urgente» para actualizar el título de «Benefactor de la Patria»⁴³, al que Trujillo se añadiría luego los de «Padre de la Patria», «Constructor de la Nueva Patria» y otros semejantes. Puede que no quede claro, por tanto, por qué las acusaciones de paternalismo le encuadran al enemigo sin implicar al héroe que lo ejemplifica.

Cuando Marrero se atrevió a apartar de los capitalistas, que disimulaban como padres las funciones de un Estado paternal «legítimo», abría la posibilidad para una justicia decretada desde arriba y también exigida desde abajo, de tal manera que resume el espacio compartido en *Over* entre nacionalismo y retórica socialista:

Los gobiernos castigan a los desesperados que matan a los explotadores y cometen actos de terrorismo, pero a quienes deberían castigar es a estos capitalistas sin entrañas. Cegados por su fiebre de atesorar dinero, y empecinados en conceptos de superioridad racial, explotan, oprimen y siembran tal rencor en los hombres, que cuando el día del estallido inevitablemente llegue, ¡la venganza de las masas lo arrasará todo como un huracán! (p. 206).

Obviamente, yo no soy la única que cree que esta acusación al capitalista extranjero incluía una acusación a cualquier forma de explotación y justificaba la resistencia de las masas, pues Trujillo prohibió el libro mucho antes de iniciar seriamente su campaña contra los intereses azucareros norteamericanos. Esto fue antes de que Trujillo incitara, en 1946, la huelga azucarera contra los jefes estadounidenses, huelga que escapó al control del «padre nacional».

⁴³ Ya desde los inicios, Trujillo hizo legales ciertos títulos paternos para sí mismo. Para fines de 1932, el Congreso aprobó una resolución «urgente» para darle el título de «Benefactor de la Patria». Más adelante, su propia descripción como padre llegó a ser menos personal y más trascendente o cuasi divina. Una buena indicación de esto es el famoso discurso «Dios y Trujillo» de Joaquín Balaguer. Véase Franklin J. Franco, *Trujillismo*, pp. 40 y 57. En relación a la «actividad» sexual de Trujillo y la paternidad literal que tuvo en el país, véase Robert D. Crassweller, *Trujillo: The Life and Times of a Caribbean Dictator* (New York: 1966), p. 80.

Al fijar mi atención en estas dos novelas me he interesado más en la manera en que ellas se desvían de la novela fundacional. Las libertades que se toman las novelas con el aceptado lenguaje de la política ilustran la elasticidad de la novela sentimental y muestran, al mismo tiempo, la ambivalencia del populismo, que busca la tradición y la modernidad, así como el proceso de secularización narrativa que complica las ideas recibidas y abre también espacios ideológicos para otras nuevas.